

Marco Fidel Suárez

Por Monseñor Juan Manuel González Arbeláez

Memoria justi cum laudibus (Prob. X. 7).

La memoria de los justos será celebrada.

La justicia, que pide un reconocimiento; la memoria, que exige un homenaje; la virtud, que impone un tributo; la grandeza, que despierta admiración, y el dolor, que necesita un desahogo: he ahí lo que nos congrega esta mañana.

Es que el Capitolio y el Vaticano, el templo y la bandera han vestido de luto; la prensa y la tribuna han clamoreado lamentando; correo y telégrafo, la ciudad y la aldea han dado tristes voces; el ejército y la escuela, la magistratura y el clero, las ciencias y las letras, el corazón inmenso de Colombia, han sentido un estremecimiento de amargura, una herida de dolor, se han arrebujado en sudario de luto, porque Don Marco Fidel Suárez ha muerto.

Por encargo ineludible, tan caro a mi corazón sacerdotal como desproporcionado a mis fuerzas, debo tejer un elogio que felizmente ya no inquietará su modestia de humildísimo cristiano, ni herirá por lo menguado de su aparejo y corte su exquisito oído de fino clasisista, ni suscitará envidias u odios, porque ante la grandeza de su tumba, todo, hasta la persecución, se ha descubierto respetuosa y noble.

Cerca de aquí, en abatida choza, cual bella piedra que sale rasgando la entraña del carbón, como vívida estrella que hiende nube de tinieblas, vio la vida. Ni riqueza ni linaje engalanaron su cuna; ni ilusión o lisonja doraron su porvenir: no los hubo menester; su genio le

NOTA. — En la ciudad de Roma falleció en enero del presente año este ilustre jerarca colombiano, eminentísimo valor de la Iglesia y de la Patria. Como tributo póstumo a su memoria reproducimos aquí el texto de su oración fúnebre —magistral testimonio de oratoria sagrada, género en el cual se destacó de manera singular— ante la tumba de otro gran colombiano, que como él vivió desveladamente al servicio de Dios y de Colombia.

bastaba guiado por el dedo de Dios, para alzarse a recorrer el espacio inmenso de la celebridad en el cielo de la grandeza.

En el Seminario, casa de la santidad, palestra de virtudes, turquesa en que se moldean almas de apóstoles; en compañía de la soledad, en coloquio con el silencio, esforzado por la obediencia, enseñado por el ejemplo, alimentado de oración y sacrificio, bebió torrentes de verdad y de bien: empezó a ser mimado de la ciencia, hijo predilecto de la verdad.

El teatro de su acción estaba sin embargo en otra parte: la Providencia le llevó a la capital.

Al llegar el Señor Suárez a Bogotá debió de experimentar que un inmenso panorama se presentaba a su vista en aquella ciudad que era cuna de la nobleza colombiana, áurea urna de sagradas tradiciones, molde egregio de todo patriotismo, protagonista de nuestra historia, consagrada mil veces con sangre de héroes, acariciada por los númenes de la ciencia decorada por manos de las artes bellas, guardada por el derecho, ilustrada por la filosofía, educada por la política y la diplomacia, arrullada por los cantares de sus poetas excelsos y glorificada por la gallardía eximia de sus incomparables oradores. Ciudad religiosa y mística, jubilosa y ardiente cuando se postra ante el Dios Sacramentado, devota y dulcemente rendida al coronar de oro las sienas de la reina Colombia.

Sí, él debió de reconocer lo que gustosos aceptamos y proclamamos todos, que aquella ciudad es la ática heredera del buen gusto, la noble señora del castizo decir, la a un tiempo almenada torre de la valentía y regalado jardín de la gracia castellana. En ella viven y vivirán siempre la magnanimidad de Caballero y Góngora, los nobilísimos empeños de Arias de Ugarte, para embellecerla; la caballeresca penitencia de Folch y Cardona, la santidad de Margallo, los martirios heroicos de Mosquera que la consagran; el coraje de Nariño con los ecos encendidos de Acevedo y Gómez y los tonantes acentos de Torres, entreverados con las haces de luz del sabio Caldas que la hacen inmortal y legendaria. Ella debió presentarse al espíritu y al afecto del Sr. Suárez del modo que a nosotros hoy, como la gota más pura de la sangre de la patria, relicario de todas sus grandezas, colocada tan adentro que es el corazón y tan alto que es el cerebro de Colombia.

Había entonces en ella un núcleo de pensadores tan escogido por la calidad y tan cabal por el número cual no lo disfrutaba ninguna otra nación hispano-americana. Entre ellos descollaban el más hábil y penetrante de nuestros políticos, el más sagaz y paciente investigador de la ciencia del idioma y el talento ciclópeo adunado con erudición portentosa y el más perfecto de nuestros humanistas. Y fue con ese inapreciable mecenazgo intelectual como Bogotá llevó a término perfecto la formación del Señor Suárez, trocando en breve al estudiante oscuro en maestro de envidiable notoriedad y al que recibiera desconocido provinciano, lo consagró figura nacional.

El hombre mediano se forma, el genio más bien se revela. Por eso a vueltas de breve tiempo la talla intelectual y moral del Señor Suárez lo hizo hombrearse a pesar suyo con los primates más ilustres y penetrar por derecho propio, que no por ajena valía, en las más respetables asambleas y ocupar sillón en las más elevadas corporaciones.

No poco debió sorprenderse y asombrarse su típica modestia y su humildad invencible al oír entonces el cuchicheo de la admiración y al ver que las blancas alas de la prensa echaban a volar su nombre dondequiera, y, lo que es más, el aplauso inapenable de los maestros de todo género que le levantaban sobre el pavés de la celebridad impartándole los títulos de varón consumado en letras, de distinguido patriota y de excelente cristiano.

Y este es el triple aspecto por el que me permito invitaros a dar una mirada, no para vana lisonja, que ni siquiera haría ya agitar su corazón inerte; sino para que bendigamos a Dios en sus obras, pues que a El sólo corresponde al fin, todo honor y toda gloria (1).

EL LETRADO

Nadie será osado jamás a disputar siquiera el título de letrado al Señor Suárez aún entendiéndolo a la usanza y con el significado que le daban en los tiempos clásicos de nuestra lengua; por que él no sólo conocíasino dominaba y señoreaba regiamente las más variadas disciplinas. Su amor a la verdad y sus distinguidas dotes de entendimiento, le arrebataron en gallardo vuelo de cóndor poderoso por los espacios dilatados e ilimitados de la inteligencia; y desde allí en variados giros, con ojo escrutador y certero, escudriñó la ruta sinuosa, a veces ensangrentada de la historia; completó como en cuadro geográfico los pueblos, la actividad de su comercio, el ajetreo nervioso de su industria, el agitarse de su política, las redes habilidosas de su diplomacia y escuchó y entendió con deleite los acentos de sus lenguas. En ese viaje se remonta, serena, majestuosamente sobre los más orgullosos picos de los Andes y de un solo ímpetu se cierne sobre la simpática, noble patria de O'Higgins, admirando su severa organización, sus tesoneros esfuerzos de grandeza y al mismo tiempo, cruzando las ubérrimas pampas y las selvas opulentas, celebra los ejemplares adelantos de las deslumbradoras ciudades de San Martín y Don Pedro que gozaban a la Argentina y al Brasil. Se lanza en seguida hacia el norte para tributar un recuerdo afectuoso a la ínclita patria de Bolívar y al pródigo suelo azteca e internarse luego en la república monstruo con quien fue benévolo además en admiración y aprecio. Su entusiasmo lo llevó señaladamente a la cultísima y añosa Europa, que para Suárez no tuvo secretos porque parecía haber abrevado a raudales en las aguas del Danubio encantadoras leyendas, y luego haber platicado en dulces tardes, con Virgilio, sobre la grama del Janículo, o escuchado los períodos elocuentes de incomparable prosa que resonaban entre las columnas del Foro; pero no para extasiarse ahí sino para llegar hasta el Agora y allá, junto al gran peripatético, escuchar el razonamiento mágico, acorado, y dialogar luego con Platón el divino, de quien había de ser émulo y regresar finalmente a ese cielo constelado de genios renacentistas, departir íntimamente con cada uno de ellos y en lo más encumbrado de sus elaciones, en medio de la inmensidad, hallarse con Santo

1) — Rom. 16-27.

Tomás y León XIII de cuyos labios recibe lecciones de la sabiduría más excelsa.

Sin embargo la cultura del Señor Suárez debió ser preponderantemente española. Por eso el águila traspuso los Pirineos para embriagarse de azul y de belleza en el dombo, para nosotros sin igual, de la bizarra Iberia. Allá, en los inmensos campos de su historia en los dilatados mares de su sabiduría, junto a las dominadoras cumbres de su santidad, por entre los vergeles encantados de sus artes soberanas y señaladamente a través de la inmensa y variadísima selva de su literatura, dio sueltas a su espíritu gigantesco, conquistador, para que escuchara el habla suave y donosa de la Virgen Avilesa y Doctora sin par, las melodías argentadas del melífluo León, la numerosa grandiosidad y el encantador aparejo de Granada, el extremo de perfección e ingenio, de variedad y riqueza de Cervantes; y que luego se arrullara con esa fuente abundosa, mágicamente pródiga y bella de Lope; midiera su alma con la genial de Calderón, la enriqueciera con Mendoza, la hiciera majestuosa con Quintana, correcta y cultísima con Hartzembuch y Jovellanos, espontánea y galana con Zorrilla, y de magnitud oceánica al contacto de Menéndez y Pelayo.

Con todo, el Señor Suárez no fue un **dilettante**, pues esa inmensidad de saber, exprimida por milagro de ingenio, sobre la punta diamantina de su pluma, logró escribir obras maestras con un lenguaje y en un estilo no superados por ningún contemporáneo y apenas pareables con lo más depurado y selecto, lo más aquilatado y fino del oro que brilló en los veneros de la España clásica hacia las postrimerías del siglo XVI y casi todo el XVII.

En su estilo hay que reconocer el hilo dorado de la lógica que va engarzando mágicamente frases y períodos, que corren tan espontáneos como discurre la primorosa fuente, serpenteando y desenvolviendo la madeja de sus cristales en delicioso prado. Con ello viene la transparencia en que más bien se ve el fondo del remanso lúcido de su pensamiento que se leen las palabras. A esto se junta la facilidad y facundia con que las frases más brotan que se construyen, y el lozanear de la gracia y la corrección, mezcladas con la donosura y la arrogancia. A par va la sencillez sobriamente aparejada, pero al tiempo mismo con una tan distinguida y tan señorial galanura, que no sabe uno si es el pensamiento quien exorna la frase o es ésta quien realza el pensamiento. En el Señor Suárez todo es medida y ponderación, aun el cosquilleo de sonrisa que mal se reprime con las donairosas ocurrencias de su Donatelo; todo tersura y casticismo, como si al escribir fuese bordando sedosa felpa de suaves y concertados vocablos; todo dignidad y majestuosa elevación, como si copiara su pluma los rasgos con que una mano consular hiciese ondear fiera y graciosamente los amplios pliegues de una toga.

Sus múltiples escritos de sabio polígrafo, forman una rica maceda de gayas flores en que alternan una corola ostentosa y ufana que se yergue al sol y al aire, con otra que recata sus gracias en la fronda; ésta alegre y vistosa, tímida y leve la de allá, pero todas bellas, bañadas en perfume y coronadas de rocío hecho perlas.

Tales, los discursos académicos y monografías de lujoso corte; los estudios lingüísticos y gramaticales lastrados de ciencia: las descripciones acabadas, esparcidas pródigamente aquí y allá por el embelesante campo de sus sueños. Ah! sus sueños, la más grande y gloriosa realidad de nuestra literatura nacional, son también valiosísima presea que embellecerá siempre su figura de letrado; porque mosaico incomparable de pedrería depurado en la fragua de su ingenio y enjoyado en la dignidad y donosura de su estilo, ostenta alternativamente el diamante rico de la filosofía política y el dije primoroso del minúsculo cuadro de costumbres, vivo, breve, chispeante; el fresco verdor de la esmeralda, cuando amorosamente describe nuestros montes y valles y el rubí, encendido siempre por la intención más recta en defensa de lo que su honradez creía ser la justicia y la verdad; allí siempre y dondequiera mármol eterno de belleza que durará lo que dure el sentimiento y el aprecio del arte literario.

EL PATRIOTA

Después de lo dicho, soy casi de opinión que en el Señor Suárez el patriota superaba al letrado. El patriotismo para él no era como parecen concebirlo algunos, la exaltación nerviosa y sentimental que se agita desacompañada en el vacío de las ideas o que a lo sumo se despeña frenéticamente, sin tino, en pos de lo quimérico.

En él viene a ser como una derivación de la piedad filial que, desbordando los muros de la paterna heredad, corre para bañar en el mismo raudal vivificante de afectos a todos los que mecieron su cuna bajo el mismo cielo, y va acariciando las vetustas calles y humildes moradas de las aldeas, lo mismo que aplaudiendo el exuberante empuje progresista de las ciudades y se solaza en la contemplación de las comarcas prósperas en que verdean las esperanzas ciertas de un grande porvenir, al mismo tiempo que se agita ante la belleza augusta de una esbelta catedral y solloza casi de ternura al ver que blanquea en la ijeanía, como gaviota del cielo, la ermita dulce del campesino.

Fue eminente patriota en acoger en el relicario de su afecto por modo igual, no sólo la ciudad de Quesada exquisitamente culta y bella, sino todas las de Colombia, desde las que se recuestan bajo palmeras deliciosas y arrullan la placidez de sus noches con el rugido de la onda que se rompe el pecho en el acantilado de la costa, hasta las del mediodía, levantadas como gallardos leones, centinelas de la patria en los montes abruptos de aquel suelo volcánico, atormentado, caldeado siempre por el ardor de la lava y el ardor del patriotismo.

Basta ver en sus escritos la íntima fruición con que rememora sus fastos, la fidelidad nimia con que cataloga sus próceres, el brío razonado con que alienta su desarrollo y sus progresos, la dulcedumbre con que pondera y realza entusiasmado, cuándo lo opulento del suelo, cuándo lo levantado del carácter cristiano y patriarcal, cuándo lo bizarro y denodado de sus hijos. Entonces su pluma se trueca en vara mágica para hacer surgir héroes ignorados; se convierte en dorado pincel que pinta encantadores cuadros, en carcaj de ironía o de franca reprensión por la injusticia y desconocimiento de los hombres o se vuel-

ve al contrario himno de veneración a un sacerdote santo o a un ilustre prelado que le han dado pan y saber; canto viril a la grandeza de los héroes, eco poderoso de la voz de la historia que lleva en pos de sí un gajo de laurel a refrescar cenizas olvidadas.

Entendió así mismo que el patriotismo está no sólo en el grito fascinador de la Plaza Mayor el veinte de julio, ni en el épico amanecer del Pantano de Vargas, ni en las trompas y atabales nuncios de la gloria, los bridones arrogantes y el crujir de aceros y cañones con que heroicas espadas tejieron la corona de independencia y de victoria, el siete de agosto, para las sienes de la Patria. Supo el Señor Suárez que un mismo fuego de valor indomable había forjado la espada de César y Bolívar y la azada de Cincinato y Cosme Marulanda; y aunque no hubiera rehuído, dado el caso, romper aceros en campal batalla, como el egregio José o un bravo hijo del Cid, sabía sin embargo, que su vocación como la del gran caudillo de Israel era la de educar al pueblo, o como Eleázar, dar en la cumbre venerable de su ancianidad ejemplos de heroísmo.

De su patriotismo así entendido, nos hablarían mejor el ambiente cansado de oficinas y ministerios que devoraron sus años, en búsquedas prolijas de graves documentos y el bucear ansiosamente en largos insomnios por entre el caudal de su ciencia para dar con la fórmula clave para solucionar el internacional litigio. De su amor a la república dirían mucho mejor las sociedades patrióticas de que fue ornamento, la prensa periódica que si fue a veces catapulta de infamias, fue en lo general equitativa, preludivando quizá en lo blanco de sus hojas justicieras el futuro mármol de la celebridad. Lo diría así mismo la magistratura suprema de la república que coronó merecimientos, no ambiciones, y el tricolor sagrado que al ceñirle pecho y corazón, sintió que aprisionaba como nunca la urna de la virtud y el oro de los méritos. Nos lo diría la patria toda desde sus últimos linderos en que él levantó la muralla de nuestro derecho, sombreada sin embargo por el árbol de la paz, y lo dirían el continente y los ecos del mar del norte que presenciaron cómo el monstruo de la fuerza tuvo al fin que ceder ante el coloso invencible del derecho.

EL CRISTIANO

Si algún día, lo que Dios no quiera, para honor de Colombia, la figura del Señor Suárez se esfumara del horizonte patrio en cuanto humanista y filósofo y patriota, por encima de esas ruinas, tocada de inmortalidad, veríamos todavía la silueta del cristiano sin tacha y sin miedo, del apologista denodado, del alumno que devolvió en honra lo que recibiera en virtud a los claustreros venerandos del "insigne paladín de Cristo" y su cantor excelso.

El Señor Suárez no perteneció a la gloriosa especie de intelectuales, que desdichadamente no escasean en nuestros menguados tiempos, los cuales ignoran groseramente que nuestra historia es un tropel de heroísmos, no recuerdan que nuestra poesía es armonía dulce de vírgenes selvas y nuestra prosa limpidísimo torrente que corre entre perlas esmaltado de flores, y la causa de este frío descastarse del pro-

pio solar, está precisamente en que el soplo de la irreligión, con ser muchas veces ficticio, ha apagado el ideal de la vida, ha roto en gran parte los vínculos de la raza para sustituirlos por la admiración irrestricta, a veces ridícula, del extranjero y ha humillado en ellos el sentimiento auténtico de lo bello y lo bueno, tradicionalmente cristianos, para arrollarlos sin honor y sin gloria entre la ola salobre de una civilización archirefinada y decadente, envilecida y decrepita.

Del Señor Suárez, sería ofensivo decir que no negó su religión porque hay que reconocer que se embebió en ella, supo ufanarse siempre de deber su formación primera a un virtuoso sacerdote y haber perfumado la flor de su inocencia juvenil con el aroma sin par de dulcedumbre y encanto de los claustros del seminario. En su cerebro había demasiado talento, ilustración y lógica para no ver que las alas de la fe no humillan ni abaten la razón; que al contrario ellas arrebatan como en carro de gloria y la pasean en giros dilatados por entre la inmensidad de Dios y la bañan deliciosamente en el mar de sus dulzuras, la extasían con embeleso infinito en el cuadro de su belleza, la penetran de encendimientos que matan dulcemente en contacto con su bondad; luego la traen al pie del trono de inmarcesible poderío, al seno mismo de la Verdad Sustancial, al incendio misterioso de la Caridad Subsistente, todo ello coronado de la magnífica pompa de una Majestad Soberana y aquí es el anonadarse, aquí el adorar, aquí el aceptar mil veces el sacrificio de la vida, antes que negar, antes que dudar, antes que disimular siquiera un punto nuestra fe. Fue así a presencia de esto, como Juan dijo **Charitas** (2); Pablo exclamó **O altitudo** (3); Agustín **O puchritudo** (4) y el de Aquino **Adoro te** (5).

Una vez conocido esto no es menester inquirir más para saber por qué el Señor Suárez durante el curso de su vida enfiló en el campo católico con bruñido casco y limpio acero toledano. Estaba enamorado de la Suprema Verdad y a su defensa se sentía urgido, espoleado a fuer de bizarro paladín. Saltó al palenque y con certeros espaldarazos desnudó al adversario del flamante gorro frigio y del lujoso palio de los enciclopedistas para que el público viese el esqueleto descarnado de una libertad falsificada y la caricatura inverecunda de la filosofía. Ni trepidó medir su florete con aquél consumado en falacias y arterias, blasfemo por antonomasia del siglo antepasado y hacer igualmente fulminar la chispa de la verdad al choque con la figura orientalista que tenía tanta gracia y delicadeza, en la punta de su pluma, como rencor y odio saduceo a la divina persona de Jesús, en el fondo de su alma. Más de una vez tuvo frente por frente la hidra fracmasónica que lo convirtió en blanco de sus odios, más tuvo ella qué ver que en estos casos un cristiano de esta talla, rompe el acero, rinde

2) — Joan, 4-16.

3) — Rom. 11-33.

4) — Confesiones.

5) — Off. Ss. Scti.

6) — Gal. 3-11.

la vida antes que ceder y muerto, brotan todavía de sus heridas gajos de victoria.

Antes que defensor de su fe, el Señor Suárez vivió de ella, reafirmando lo de San Pablo, **Justus meus ex fide vivit** (6). Fue hijo humilde y amante de la Iglesia, blasón único y solo timbre que reclamó para sí. En el Papa, vio la persona sagrada de Cristo que derramaba santidad en Pedro, sabiduría en León, bondad paternal en Pío y óleo suavísimo de caridad en Benedicto. Con el episcopado colombiano fue sumiso sin restricciones, fue un hijo sin petulancias de dogmatizador porque sabía que eran puestos por el Espíritu Santo a gobernar la Iglesia (7). El cielo habrá recogido los secretos de consuelo y mutuo aliento, cambiados entre él y el Venerable Decano de la Iglesia colombiana: dos moles augustas que escondieron su cima en las soledades de la inmensidad.

La vida del Señor Suárez se ostenta ante la Iglesia y la Patria como columna por la fuerza de su doctrina y virtud; caudal arrollador por sus enseñanzas múltiples; arma triunfadora, esgrimida por mano de la más pura lealtad; cumbre erguida, azotada de rayos, pero blanca de nieve y embriagada de luz; jardín ameno y pradera encantadora de las letras; huerto sagrado de virtudes; ejemplar de mandatarios; molde de patriotas; ornamento de la república; lustre y prez de todo el continente; honor de la raza, y antes que eso, servidor fidelísimo de la Reina del Cielo, rendido adorador de Jesús Sacramentado, amante de su bondad, cantor de sus glorias en la más hermosa oración, que es eterno monumento amasado de sabiduría y fe, de amor y lágrimas, de luz y belleza, de corazón y entendimiento, bañado en sangre divina y clavado al pie de la cruz del Redentor.

Tuvo yerros? Sin duda que los tuvo. Dios lo sabe, porque fue hombre y por eso ineludiblemente pecador. Esa es la razón porque la Iglesia viste hoy de luto y repite con sollozos los ecos del Miserere de un rey arrepentido y el desencanto de lo terrenal con otro que fue el primer sabio y nos deja evocar sacretamente la figura del primer legislador y el primer pontífice delincuentes y santos. Lección que nos recuerda que ante la infinita Majestad, todos somos deudores y que cuanto he dicho nada vale, absolutamente nada, en favor de este instante refrendado por la misericordia de Dios.

Comoquiera que sea oremos ante la impenetrable sabiduría de los juicios divinos, para que a esa alma amanezca el día sin tarde del eterno descanso y en su frente irradie la perpetua luz y que hoy si Colombia se enluta por un dechado de hijos, si nosotros lamentamos el modelo de hermanos, si su familia llora amargada al padre incomparable, haya tan solo uno que se alegre y se complazca de su muerte: el cielo...

7) — Act. 20-28.